

“VER, OÍR, CALLAR Y... ABURRIRSE” EN EL TRABAJO DE CAMPO DE UNA PRISIÓN: UN RELATO AUTOETNOGRÁFICO

“VER, OUVIR, CALAR E... SE ENTEDIAR” NO TRABALHO DE CAMPO DE UMA PRISÃO: A HISTÓRIA AUTOETNOGRAFICA

“SEE, HEAR, REMAIN SILENT AND... BORED” IN THE FIELDWORK OF A PRISON: AN AUTOETHNOGRAPHIC STORY

Daniel Martos-García*, José Devís-Devís*

Palabras clave:

Narración.
Actividad física.
Relaciones
Investigador-Sujeto.

Resumen: Como modalidad de investigación narrativa, la autoetnografía enfatiza la parte más personal del proceso de investigación. En este artículo, el relato autoetnográfico se utiliza para reflexionar sobre el trabajo de campo de un estudio etnográfico previo desarrollado en el polideportivo de una prisión de máxima seguridad española. Los datos recogidos en aquella ocasión han sido reexaminados ahora para explicitar críticamente los pasos dados. De este modo, se ponen de manifiesto tanto los dilemas éticos enfrentados, las complejas relaciones sociales que el proceso de investigación encerró, así como la falibilidad de las decisiones tomadas.

Palavras chave:

Narração.
Atividade Motora.
Relações
Pesquisador-Sujeito.

Resumo: Como uma forma de pesquisa narrativa, autoetnografia enfatiza a parte mais pessoal do processo de investigação. Neste artigo, a história autoetnográfica é usada para refletir sobre o trabalho de campo de um estudo etnográfico anterior realizado no pavilhão desportivo de uma prisão espanhola de segurança máxima. Os dados recolhidos nesse momento são re-analisados para fazer crítica explícita das decisões tomadas. Assim, eles revelam os dilemas éticos enfrentados, as relações sociais complexas que surgem durante o processo de pesquisa e a falibilidade das decisões tomadas.

Keywords:

Narration.
Physical Activity.
Researcher-Subject
Relations.

Abstract: As a type of narrative inquiry, autoethnography emphasizes the more personal side of the research process. In this paper, the autoethnographic story is used to reflect upon a previous ethnographic study carried out in the sports hall of a maximum security Spanish prison. Data gathered in the ethnographic study are re-analyzed to make critically explicit the decisions taken. Therefore, ethical dilemmas and complex social relations arise during the research process, while fallibility of decisions taken are highlighted.

*Universitat de València. Valencia, España.

E-mail: daniel.martos@uv.es;
jose.devis@uv.es

Recebido em: 09-10-2016
Aprovado em: 18-12-2016



1 INTRODUCCIÓN

Desde hace ya un tiempo, la forma de contar lo que se investiga ha atraído la atención de un creciente grupo de investigadores del campo de las ciencias sociales. Esto no sólo es una apuesta por hacer más atractiva la lectura, sino también una necesidad ontológica ligada a una manera diferente de ver y vivir el mundo que afecta a la tarea epistemológica de contarlo. El interés por estos temas pone de manifiesto, como señala Denzin (2003), el giro narrativo en las ciencias sociales. Es decir, como el “mundo [está] conformado por palabras, existe una relación permeable entre la vida y las narrativas: damos sentido narrativo a nuestras vidas y damos vida a nuestros sentidos narrativos” (PÉREZ-SAMANIEGO; DEVÍS-DEVÍS; SMITH; SPARKES, 2011, p. 12). De este modo, la investigación narrativa es aquella que aglutina todos los estudios que se ocupan de cómo las personas cuentan sus experiencias y representan el conocimiento que se deriva de dicho estudio.

En el amplio contexto de la investigación narrativa, la autoetnografía quedaría ubicada entre aquéllas que obedecen a una ontología relativista, es decir, un tipo de investigación que entiende la realidad como múltiple y contingente, en lugar de única e infalible. Los relatos autoetnográficos pueden producir conocimiento significativo, accesible y evocativo a partir de las propias experiencias personales (ELLIS; ADAMS; BOCHNER, 2011). Dicho en otras palabras, la autoetnografía es el proceso de indagación mediante el cual se utilizan relatos evocativos y altamente personales que revelan las experiencias de quien los escribe (SPARKES; SMITH, 2012). Entonces, elaborar un relato autoetnográfico es asumir que la escritura es una forma de investigación, por cuanto hace falta contar la propia historia y eso lleva irremediabilmente un proceso reflexivo de indagación sobre uno mismo y las circunstancias que le rodean (RICHARDSON, 1994).

Dada su idiosincrasia, la autoetnografía debería ser evaluada desde sus propios criterios, acordes con sus postulados ontológicos y epistemológicos. De no hacerlo así, sería un ejercicio de imperialismo intelectual y, para evitarlo, se utilizan conceptos como la evocación, la autenticidad, la verosimilitud, la fidelidad o la credibilidad (SPARKES, 2000). Para Ellis, Adams y Bochner (2011), la confianza o seguridad que transmite un texto se relaciona con la credibilidad que ofrece el narrador o narradora al relato. El reclamado criterio de la validez se convierte, en la autoetnografía, en la verosimilitud o el hecho de percibir la historia como real. Además, los autores apuntan que las posibilidades de generalizar los conocimientos de cada historia dependen de que ésta evoque las propias experiencias de los y las lectoras u otras que les sean familiares. Finalmente, deberían aplicarse criterios literarios para juzgar la historia contada, en coherencia con la apuesta que hace este tipo de investigación por el cómo se escribe. Así, tomando el argumentario de Ellis (2000), cabría preguntarse: ¿Es una buena historia? ¿Me ha atrapado y la he leído de un tirón?

Aunque el uso de la autoetnografía y relatos afines son frecuentes en las ciencias sociales, pocos se dan en el contexto de la prisión. Como señala Jewkes (2012), el énfasis predominante en el conocimiento objetivo de la prisión parece haber eclipsado al conocimiento subjetivo y personal. Entre los primeros artículos que atienden este último tipo de conocimiento, aunque sin una intención autoetnográfica, destacan los trabajos de Marquart (1986) o Waldram (1998). Son acercamientos iniciales a los dilemas éticos del trabajo de campo, las dificultades en el acceso a la prisión y las estrategias para conseguir la confianza (*rapport*) de los participantes.

El papel de las emociones en la investigación desarrollada en prisión fue puesto en valor por Liebling (1999) y usado posteriormente por otras autoras y autores. Así, encontramos los artículos de Philips y Earle (2010) o Schlosser (2008), quienes se ocupan de las implicaciones epistemológicas de aspectos tan subjetivos como la identidad, el género o la raza. Pero el reciente número especial de 2014 de la revista *Qualitative Inquiry* (volumen 20, número 4) supuso un punto de inflexión en la relevancia de las emociones y los sentimientos que se dan en el trabajo de campo en prisión. En dicho número, no solo proponen nuevas aproximaciones epistemológicas para el estudio del contexto penitenciario, como la autoetnográfica, sino que relatan sus propias experiencias de investigación desde un punto de vista personal y altamente subjetivo.

En este artículo autoetnográfico, el primer objetivo consiste en reflexionar retrospectivamente sobre el proceso de una investigación que se ocupaba de los significados de la actividad física y el deporte en la prisión. El segundo objetivo es el de estimular el pensamiento del lector o lectora sobre estos temas a través de un relato evocativo.

2 CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

El relato autoetnográfico que sigue se ajusta a lo que Ellis, Adams y Bochner (2011), denominan etnografía narrativa, aquella presentada en forma de historia y que incorpora las experiencias propias en la descripción de la investigación. Los datos para su elaboración provienen de una etnografía previa, desarrollada en una prisión de máxima seguridad española. El investigador de campo pasó cerca de 500 horas para establecer los significados que las personas presas y los trabajadores de la prisión concedían a la actividad física y el deporte. Para ello, recogió datos de la observación, casi siempre participante, las entrevistas y la recolección de documentos diversos, tal y como se detalla en otros lugares (MARTOS-GARCÍA; DEVÍS-DEVÍS; SPARKES, 2009 a y b). Este trabajo también dio lugar al proceso de construcción de la identidad del educador deportivo de la prisión (DEVÍS-DEVÍS; MARTOS-GARCÍA; SPARKES, 2010) y a un relato de etnografía ficción sobre el acontecer diario en la cárcel (MARTOS-GARCÍA; DEVÍS-DEVÍS, 2015).

Sin embargo, no habíamos abordado todavía el papel y las experiencias del investigador durante el trabajo de campo desde una óptica autorreflexiva. Por tanto, con este trabajo abordamos una introspección crítica sobre el procedimiento seguido durante el trabajo de campo en la prisión. Para ello, elegimos el relato confesional que está elaborado en primera persona en un intento de, como explica Tilley-Lubbs (2014), ubicar al primer autor plenamente dentro del estudio, aunque cuente con el feedback externo del segundo autor que también actuó de amigo crítico en aquel momento. Se trata de exponernos públicamente con este relato y, a la vez, de provocar en los lectores los sentimientos y emociones que les permitan trasladarse a la situación descrita (PÉREZ-SAMANIEGO; FUENTES-MIGUEL; DEVÍS-DEVÍS, 2011), así como de atender las demandas de credibilidad del relato (ELLIS; ADAMS; BOCHNER, 2011).

En este tipo de pesquisa, el análisis queda implícito en la misma historia por lo que la historia misma es el análisis. Por ello, el papel de la teoría es menor por cuanto se trata de invitar al lector o lectora a pensar por sí mismos en la historia (SPARKES, 1996) sin indicar expresamente cuáles son las conclusiones de la misma. Así, para la elaboración de este relato autoetnográfico se han rescatado las unidades de análisis establecidas en la investigación

original, pero releídas para esta ocasión. De esta manera, se han identificado los temas de interés atinentes a los objetivos de este artículo que fructifica en el relato mostrado a continuación.

3 MI RELATO: EL INVESTIGADOR COMO INSTRUMENTO O ‘QUÉ BIEN ESTABA PASANDO CUESTIONARIOS’.

Un día, tiempo antes de empezar la investigación en la prisión, tuve la siguiente conversación con mi amigo ‘E’:

E: ¿De verdad quieres investigar en la cárcel?

Daniel: Sí, es una cosa que tengo decidida y me he encabezonado con ello

E: Y, ¿eso?

Daniel: No sé, es un tema que me motiva, no sé sabe mucho de lo que pasa dentro y me apetece averiguarlo. ¿Por qué?

E: Por nada... pero, ¿y eso a quién le interesa?

La última frase resonó, poderosa. No sólo cuestionaba mis intereses, sino que trazaba una línea entre lo interesante y lo que no lo era. Evidentemente, la prisión quedaba del lado de lo insustancial. Con esta idea rondándome en la cabeza me adentré meses después en el polideportivo de una prisión de máxima seguridad. Este nombre, además de rimbombante, da miedo. Y es que la cárcel da miedo, impresiona y transmite una imagen de un lugar deshumanizado, más parecido a la selva que a un recinto de reeducación y reinserción de seres humanos (como así lo determina la ley). Pero claro, comenzar así un relato autoetnográfico puede contribuir más a la mitificación de la prisión que a su relativización. Vayamos pues con lo que aconteció.

3.1 Los primeros días

Los primeros días fueron de fascinación por todo lo desconocido y también de una precaución exasperante por no meter la pata. Consecuentemente, la consulta a los manuales de etnografía fue constante. En mi mesita de noche permanecieron durante semanas las obras de Fetterman (1998), Wolcott (1973) o Woods (1998). De todas formas, los manuales sirven de poco, sobre todo tratándose del contexto penitenciario. Por eso me resonaban insistentemente las palabras de Ball (1990, p.200) sobre el inicio del trabajo de campo etnográfico:

Los investigadores no sólo se introducen en un territorio desconocido, sino que van desarmados, sin cuestionarios, esquemas de entrevista o protocolos de observación entre ellos y el frío viento de la cruda realidad. Los investigadores se encuentran solos con sus propias individualidades. Ellos son los principales instrumentos de investigación con que encontrar, identificar y recoger datos.

En estos primeros días estaba pendiente de todo, hasta el punto que el trabajo de campo me resultó agotador. Sólo recibía el apoyo del amigo crítico: ‘Estás trabajando bien’, me animaba. Todo me llamaba la atención: los largos pasillos, las numerosas cancelas, los repetidos controles de seguridad de los ‘boqueras’ (así los llaman dentro), el olor a ‘cerrado’, el poco gusto en la decoración, las cámaras por doquier y ‘las pintas’ de pobre de la gente. Además, me daba la sensación que todo el mundo me miraba, supongo que preguntándose, ‘¿quién es éste?’ De ninguna manera quería molestar a nadie, levantar sospechas o provocar

recelos con mi presencia. Después de lo que cuesta conseguir los permisos para entrar, sólo faltaría echarlo todo al traste en los primeros días, por lo que adopté un rol de observador total, como una ‘mosca en la pared’, que diría Woods (1998).

3.2 La dinámica social en la prisión: el aburrimiento como rutina

Por una parte está lo que uno quiere como investigador (definido por lo que has leído) y, por la otra, está el contexto, ese que va a moldear la investigación irremediablemente, y que en prisión pasa por ser arrollador, invencible. Si la saturación de los datos es uno de los indicadores que le hacen reconocer a un etnógrafo cuándo dar por concluido su trabajo de campo, en prisión puede que ese momento llegue prematuramente. No he conocido nunca un ambiente tan aburrido como el de la prisión. Si tuviera que describirlo con una sola palabra, no lo dudaría: hastío. En cierta manera, el aburrimiento sirve para ‘pagar la pena’ y es el producto de una rutina creada por unos horarios fijos e inamovibles, la imposibilidad de improvisar u organizar nada y un estricto reglamento penitenciario lleno de sanciones. En la prisión, por regla general, no pasa nada. El objetivo de los presos es ‘matar el tiempo’ y cuando pasa algo, lo magnifican. Así, una discusión acalorada se convierte en una pelea con sangre y ‘pinchos’ unos módulos más allá. Precisamente el éxito de la seguridad consiste en que nada ocurra fuera de la norma.

Por cuanto la etnografía exige estar allí, el ‘hang out’ del que habla Waldram (2007) o el ‘being around’ que mencionara Lyons (1992), el aburrimiento es consubstancial al trabajo de campo. Pero en el caso de la prisión resulta sobrecogedor. Me he aburrido soberanamente en los entrenamientos de los culturistas, de la selección de fútbol-sala o con los del *dojo* de *aikido* y *full-contact*. Me he aburrido, sobre todo, cuando no he participado en esas actividades, empatizando bastante con la abrumadora falta de actividad del personal de vigilancia. No puedo imaginar un trabajo más tedioso, sólo comparable con el de un socorrista en el norte español en un día fresco. Por eso buscaba activamente una conversación con cualquiera, una partida de squash, una sesión de pesas... con lo que odio las pesas. Aunque me obsesionaban los grados de observación y participación descritos por Wolcott (1973), muy inspirador para mí, en la prisión me resultaba casi imposible ser un observador total porque permanecer callado y aislado del resto podía señalarte más, y acabar por derrotarte.

En cambio, la participación facilita enormemente estrechar lazos, especialmente cuando ésta se da en actividades deportivas que demandan colaborar y competir con cierto respeto, sudar y hasta ducharse juntos. Eso lo sabe bien un antiguo estudiante de educación física como yo. Con los presos que más deportes compartí, los ‘destinos’ (presos encargados de diversas tareas en el polideportivo), llegué a forjar amistad verdadera, como cuenta Ellis (2000) que suele pasar en este tipo de estudios. Claro, ellos eran mis cómplices del hastío y buscaban combatirlo de la misma manera que yo. Por eso las conversaciones también fueron numerosas, larguísimas y variadas. Bueno, esto último no tanto. Fruto del análisis de las mismas, he podido rescatar ciertos temas recurrentes:

- Los permisos, las causas judiciales y las injusticias de la justicia. Las personas presas se ven envueltas en una maraña de leyes, reglamentos y juristas que deciden sobre la cantidad y calidad de su condena. Así, en poco tiempo, se familiarizan con ello, y hablan de ‘recursos’, ‘partes disciplinarios’, vistas judiciales y demás.

- Las drogas. Las conversaciones en torno a la cocaína, la heroína, el hachís o las pastillas de todos los colores son recurrentes, tanto como su presencia en prisión. La droga, en cierta manera, regula la vida dentro y está presente en muchas charlas. Hablan y consumen, en parte, por aburrimiento.
- Los deportes, especialmente el fútbol, y sobre todo los días después de algún Madrid-Barça o derbis similares. Las personas presas consumen mucha televisión, pues supone uno de sus pocos pasatiempos, y las conversaciones sobre estos duelos se alargan por unos días.
- Anécdotas e historias de la calle, de cómo se trafica con droga en lanchas motoras, de peleas y asesinatos, de robos y extorsiones. Versiones reales y adornadas de personas que, en muchos casos, han hecho de la prisión un lugar donde van y vienen. Pero a las personas presas, generalmente, les encanta hablar de sus días en libertad. A mí, en cambio, me costaba bastante hablarles de lo que hacía fuera.
- Las viejas historias sobre la cárcel ‘verdadera’, la de antes, la de la dura existencia donde no había ‘chivatos’ y a los violadores se les ajusticiaba. Historias de las prisiones de El Dueso, Herrera, Puerto de Santamaría o Daroca, en las que la violencia contra el funcionariado era un *leitmotiv*. Las presas más mayores y con largas condenas gustan de encandilar a las personas jóvenes con historias de fugas, motines y peleas de anteriores épocas reivindicativas.

En todas las conversaciones, mi actitud fue la de escuchar atentamente, asentir y nunca juzgar ni coartar la libertad de expresión. La confianza que denota una conversación sobre algunos de estos temas es un gran logro para cualquier persona venida de fuera que se aventure a investigar a ‘otras’ que no son como él. Los presos y presas no se abren con facilidad pues, en un ambiente tan hostil, se aprende rápidamente a callar y seleccionar lo que se dice. En ello está en juego su bienestar y hasta su supervivencia. Las primeras veces que te cuentan asuntos delicados abres los ojos y no te lo crees, pero rápidamente identificas una relación de confianza ganada a base de esfuerzo y respeto. Pero tampoco debe uno confiarse: en alguna ocasión me gané una arenga o alguna dura mirada de mis más cercanos ‘amigos’. La amistad en prisión se compra y se vende, es efímera, no hay una seguridad como fuera, por lo que hay que seguir siendo prudente.

3.3 Ver, oír y callar

La violencia está muy presente en la prisión y también lo estuvo en mi investigación. Pero no tanto en el formato de pelea sangrienta, sino en sus múltiples variantes fundamentalmente implícitas. Violencia es vivir en un régimen tan estricto donde el orden se mantiene a base de sanciones (de lo contrario, sería complicado mantener a miles de personas encerradas y viviendo juntas por obligación). Esa es la mayor violencia, la que sobrevuela el ambiente a cada segundo, la latente. La violencia existe:

- La hay de las funcionarias y funcionarios hacia las personas presas. La ejercen con el uso, implícito o explícito, del régimen disciplinario. Así, presos y presas obedecen, muchas veces a regañadientes, so pena de ganarse un ‘parte disciplinario’ que, de hacerse efectivo, les podría complicar un permiso, por ejemplo. He de decir que nunca vi agresiones físicas del colectivo de guardias hacia ninguna persona presa, aunque oí hablar de ellas repetidamente.
- La hay de las personas presas hacia los y las trabajadoras. Obviamente, esta violencia está muy mediatizada por el poder que el régimen ejerce sobre reclusos y reclusas. Así, lo más

normal suelen ser actitudes de desprecio o insultos, pero alguna vez llega a materializarse en agresiones físicas. Personalmente, no las vi en ninguna ocasión.

- La hay entre personas presas, de diversos tipos e intensidades. Su violencia es el resultante de factores como la superpoblación, las innumerables injusticias que les afectan y que perciben, la falta de actividad y expectativas, la dureza de la monótona vida dentro, la presión de dejar pasar la vida encerrados o las noticias que les llegan de fuera, entre otras muchas cosas. Raramente, sin embargo, la violencia traspasa los límites de las duras miradas, palabras malsonantes o amenazas que no se cumplen: las sanciones del régimen disciplinario son altamente disuasorias. Pero existen las peleas, los chantajes y las amenazas, claro que existen.

Fui testigo de repetidas situaciones de violencia, pero nunca se dirigió hacia mi persona. Incluso algunos presos me protegieron en alguna ocasión. Valga la situación siguiente, rescatada de mi diario de campo, como un ejemplo de cómo ocurren y cual era mi papel en ellas:

El grupo juega animadamente a una variante del rugby, obviamente sin contacto. Ya es un logro, habida cuenta que estamos en una pista de cemento, descubierta, en medio del patio de uno de los módulos de la prisión, concretamente el que alberga a los presos etiquetados como los más peligrosos. El primer día me temblaban las piernas cuando el educador me dejó sólo entre un centenar de presos. ‘Lo que tiene uno que hacer para investigar’, me repetía a mí mismo, ‘que bien estaba pasando cuestionarios a jóvenes atletas de la calle’, me martirizaba. El partido transcurre entre risas y sudores, todo normal, menos cuando el balón se aleja del campo que tenemos delimitado. El resto de presos que no participa nos mira desinteresadamente, pero un balón de fútbol es un estímulo demasiado atractivo. A cada módulo se le reparte un balón al mes para que lo usen como quieran, aunque éste suele acabar pinchado el primer día de uso por culpa de la alambrada que corona los muros entre módulos. Así es que el tener un balón para mi actividad es un privilegio que algunos no aceptan. En esas estamos: el balón llega a un grupo de presos y se ponen a jugar con él sin la menor intención de devolvérselo. Ninguno de mis alumnos se lo va a pedir, un balón no merece tanto la pena. Además, la situación divierte a cada vez más presos. Avisar al funcionario aquí no sirve: lo normal es que no esté mirando, y si lo hace no se va a meter. De hecho, puede que se esté divirtiendo también; por fin algo le saca del letargo. Dadas las circunstancias, me toca actuar a mí. Sin mucha seguridad y maldiciendo el cúmulo de coincidencias, me animo a acercarme y pedirles el balón. Lo hago, sin levantar mucho la voz y preparado para darme inmediatamente la vuelta si la cosa se pone fea: ‘será por un balón’, me digo a mí mismo. En esas, uno de los presos me la pasa, lo que desinfla de tensión el momento. Pero a continuación aprovecha para pedirme ayuda con el material del gimnasio improvisado que tienen montado en el vestuario. Balbuceando le digo que trataré de hacerlo. Él, seguro de su posición y parapetado en su musculatura me alarga la mano, la cual choco con una mezcla de miedo supremo y alivio divino. He salido indemne de esta prueba y uno de los líderes del patio ha mostrado al resto su reconocimiento hacia mí. A partir de ese día, las cosas deberían ir mejor. Sin embargo, no lo hacen.

La siguiente sesión será la última, sin saberlo todavía. Me encuentro jugando con el grupo de presos en el mismo patio del módulo 2. A diez minutos del final de la sesión de juegos un murmullo nos llama la atención. Viene del gimnasio que tienen montado en el vestuario; rápidamente, se forma un corro y adivino a dos presos en el medio. Obviamente la sangre se me hiela, los pelos se me erizan y, como un resorte, busco el balón (sólo tengo uno para todo el mes). El partido se ha detenido y ya todo el patio atiende a la pelea. Intuyo, por los movimientos que hacen, que uno de los contendientes lleva un ‘pincho’, tiene mala pinta. Busco refugio entre mis alumnos- ‘qué iluso soy’, pienso. No hace falta: uno de los presos que forma el

corro se ha dado cuenta y viene hacia nosotros. Mi tensión en este caso es máxima, pero se desvanece cuando éste le dice a uno de mis alumnos que me acompañe a la salida. Mientras emprendemos el camino me advierte: '¡Tú! Ver, oír y callar'.

Las tres palabras retumbaban en mi cabeza mientras subía las escaleras camino de la puerta de salida donde, necesariamente, me iba a cruzar con el funcionario que, en ese momento, vigilaba el patio. En un primer momento, tuve la intención de explicarle que allí abajo había dos personas acuchillándose. Parecía lo más lógico, lo más humano. Pero las palabras resonaban fuerte y su sentido no era baladí. Finalmente, no dije nada, salí del módulo y me fui a casa, afectado. En los manuales de etnografía no encontré el capítulo dedicado a estas situaciones, pero conté con la comprensión del amigo crítico y su apoyo a la decisión tomada. Para mi alivio, tiempo después, un funcionario me dio una respuesta en una entrevista que respaldó mi decisión: 'de haber dicho algo al funcionario, éste no hubiera hecho nada hasta que la cosa se terminara. ¿Qué iba a hacer él sólo en un patio lleno de presos? Nosotros, cuando todo termina, bajamos y recogemos a los heridos'. Mi estudio siguió su camino.

3.4 Las relaciones personales con los y las trabajadoras

La violencia y el aburrimiento son dos ingredientes que dan forma a la vida en la prisión, y, por ende, a las relaciones personales que allí se producen. Otro elemento a tener en cuenta es, tomando una perspectiva simbólica, cómo te leen los demás. Y esto, entre otras cosas, viene determinado por cómo hables y calles, qué poseas, cuán fuerte estés o si tienes algún tipo de poder, relacionado sobre todo con el castigo y el control de los escasos recursos: droga, sexo, alimentos, tabaco, etc. Mi caso era especial, pues no siendo preso debía ganarme la confianza de unos y otros, pero sin molestar a nadie. Difícil equilibrio.

En el caso de los y las trabajadoras, las relaciones personales fueron superficiales, interesadas y, en ocasiones, tensas. En general, el personal que guarda una garita y abre y cierra puertas tiene poco interés en relacionarse con personas como yo, en este caso un voluntario, que de alguna manera siente cierta empatía hacia la parte más débil. Esa misma sensación tenía otro voluntario, que quedó reflejada en una entrevista: "[...] a la institución a veces parece que le molesta que vayamos, hay que abrir puertas, cuadrar horarios, vigilar la seguridad [...]". Con las personas de las garitas es complicado congeniar, pero con el paso del tiempo hubo bromas y relajación en los protocolos. Pero es de justicia decir que, en muchas otras ocasiones, en vez de bromas hubo tensión:

Funcionario: ¿Dónde vas?

Daniel: A tomar café con los destinos

Funcionario: ¿De qué módulo eres?

Daniel: Eh, no, no, soy voluntario en el polideportivo

Funcionario: ¿Voluntario? ¿Y el pase?

Daniel: Mmmm... lo tengo aquí.

Funcionario: El pase debe ir bien visible en el pecho, en el bolsillo no hace nada.

Daniel: De acuerdo, ¿puedo pasar entonces?

Funcionario: ¿Pero si eres voluntario en el poli, qué haces en el módulo 3?

Daniel: Vengo a almorzar con los destinos del polideportivo...mmm...

Funcionario: Venga, pasa, pero esto no está nada claro. ¡Y cuélgate el pase!

Con otros funcionarios mi relación ha sido más intensa. Por las necesidades del estudio, conviví más intensamente con Àlex, el educador de deportes, aunque nunca tuve la sensación de ser su amigo, tan solo su colaborador. Obviamente, yo no estaba allí para ser su amigo sino para desarrollar una etnografía, y el hecho de permitírmelo ya era para mí una prueba significativa de confianza. Mi comportamiento hacia él, como ‘portero’ principal de mi estudio, se sustentó en tres pilares básicos:

- Cumplí los compromisos pactados previamente: hacerme cargo de algunas actividades y acompañarle en las salidas programadas con presos.
- No le juzgué por nada de lo que hizo o dijo, ni le delaté por nada de ello. Aunque disentí, como persona y como licenciado en educación física, en muchas de las decisiones que tomaba y en las opiniones que vertía. Me aguanté callado.
- Satisface una petición sorprendente que me hizo hacia el final del estudio. Sonó algo así: ‘Ahora que ya has acabado y que has conseguido que a ti te lo cuenten todo, me gustaría que me dijeras qué cuentan los presos de mí’. La petición, por una parte, demostraba que yo había conseguido penetrar en la cultura estudiada hasta convertirme en uno más de la prisión. Era una contraprestación justa después de todo lo que Àlex había hecho por mi estudio. Obviamente, atendí la petición respetando el anonimato y protección de las fuentes: omití nombres y le conté lo que debía conocer con mayor o menor detalle.

3.5 La equidistancia como quimera. Mis relaciones con presos y presas

La equidistancia entre funcionarios y presos era un objetivo en el trabajo de campo debido a los recelos que se profesan mutuamente estos dos grupos. No obstante, con el tiempo la balanza se desequilibra hacia el lado de los presos y presas. No en vano, el funcionariado está trabajando, van y vienen, mientras las personas presas permanecen. A los y las reclusas les cuesta más abrirse, son muy recelosos de su intimidad, cuentan con su propio código y penetrar en su mundo exige contacto continuo. Además, por qué no decirlo, son la fuente de información clave. Por consiguiente, con ellos he reído y jugado, discutido y bromeado, tomado café y sufrido. Con los funcionarios no, les he entrevistado, observado y he interactuado lo estrictamente necesario.

La relación con los presos, principalmente los ‘destinos’ del polideportivo, se construyó sobre dos pilares. Por un lado, mi condición de voluntario y ayudante del educador de deportes sin capacidad de sancionar permitió estrechar las relaciones. Yo no podía (ni quería) castigarles, ni expulsar gente de las actividades, ni abrir o cerrar el polideportivo; la falta de poder era lo único que me diferenciaba plenamente de un funcionario. Mi relación con los presos llegó hasta tal punto que, en diversas ocasiones, me confundieron con uno de ellos. De ello bromeaban los presos y algunos funcionarios más próximos: ¿‘te quedas a cenar hoy’?, me preguntaban mofándose. Fruto de este nivel de simbiosis presencié cosas imposibles para un funcionario, pero imprescindibles para un investigador: les vi consumir droga dentro, les vi pasarla y les vi tener relaciones sexuales en un rincón del polideportivo. Conseguí su confianza vistiendo como ellos, sin pijadas ni zapatillas caras y hablé como ellos, sin tecnicismos ni sofisticación. Acudí sin afeitarse y siempre que pude evité ponerme el carné de voluntario. En muchos momentos, me sentí uno de ellos. Se acerca a lo que Carless y Douglas (2016) describen como una interacción de calidad. Únicamente con una “inmersión interactiva corporeizada”, ya sea mediante la práctica de deporte, compartiendo sueños y preocupaciones con ellos o, simplemente, “haciendo cosas juntos” (2016, p. 54), pude aprehender ciertos hechos e historias.

El otro pilar sobre el que se construyó mi buena relación con los presos del polideportivo fueron los favores que les hice. Me explico:

- Les hice favores diversos, como llevarlos a la prisión desde la ciudad y al revés, escucharles y comprenderles, hacer de psicólogo o jurista, convertirme en ocasiones en su plañidera.
- Además, les ‘entré’ casi de todo: queso, chicles, jabón, pasta de dientes, sobrasada o ron metido en una botella de agua. Sus peticiones fueron en aumento, habida cuenta de una confianza creciente, hasta el punto de pedirme más alcohol, carne, proteínas, aceite de oliva y hasta un mecánico dental. Había veces que parecía Papá Noel.

Aunque en antropología esta situación está sobradamente descrita, llega un momento en que uno ha de poner ciertos límites. No hemos de obviar que todas estas entradas de productos están sujetas a un procedimiento que yo me salté. Es cierto que complacer a los presos y hacerlo quebrantando algunas reglas posibilitaron el nivel de confianza que logré alcanzar (el *rapport*), pero también es cierto que en un par de ocasiones los funcionarios me pillaron entrando productos no permitidos. Acabé harto de tanta petición y, finalmente, decidí cortar ‘el grifo’. La relación con ellos no se vio afectada por este hecho, incluso cuando después de pasados unos meses mi condición de voluntario era ya poco creíble. De hecho, su confianza hacia mí no se vio quebrada cuando, por necesidad de empezar a entrevistarles, les destapaba mi segunda función allí dentro: la de investigador. Entonces el *rapport* era ya un hecho.

4 COMENTARIOS FINALES: IMPLICACIONES PARA TI Y PARA MÍ

En este apartado presentamos una serie de comentarios con la intención de favorecer el diálogo y generar nuevos significados alrededor de los objetivos iniciales (ELLIS; BOCHNER, 2006; TILLEY-LUBBS, 2014). De lo contrario, como apunta Sparkes (2000), sería tratar de retener el control sobre las interpretaciones que se sugieren. Así, en primer lugar, la evocación de este trabajo permite comprender el conjunto del proceso etnográfico seguido en su momento. En particular, permite conectar la toma de conciencia de las interacciones sociales en la prisión con el proceso técnico de recogida y análisis de los datos. Como señalaba Ball (1990), se trata de explicitar la reflexividad de esta investigación etnográfica, es decir, la evolución del papel del investigador de campo conforme cambian las circunstancias del entorno de la prisión. Incluso se explicitan las tensiones y contradicciones encontradas en este proceso de investigación, como un “acto político de autoconciencia” (ALEXANDER, 2011, p. 105). De esta manera, se permite aprender de ello para redistribuir el poder entre los agentes de la investigación narrativa y comprender su rol dentro de las circunstancias particulares de cada estudio.

En segundo lugar, la evocación de la toma de conciencia investigadora pretende provocar la reflexión en el lector o lectora para conectarla con sus propias experiencias y significados. Las autoetnografías no buscan generalizar resultados ni experiencias a otros contextos en la manera científica tradicional, dado que cada historia y proceso es único y contiene las “circunstancias, emociones, sentimientos y motivaciones particulares” de la investigación (PÉREZ-SAMANIEGO; DEVÍS-DEVÍS; SMITH; SPARKES, 2011, p. 21). Sin embargo, sí que permite identificar elementos o provocar reflexiones en el lector o lectora que conecten con su propio entorno académico e investigador (ELLIS; ADAMS; BOCHNER, 2011). Como se preguntaba Ellis (2000), nuestros lectores pueden plantearse: ¿Qué obtengo yo de esta lectura? ¿Qué he aprendido de esta historia? ¿Hay algo nuevo en ella que me

resulte útil o estimulante para mi trabajo? Además, como la distancia entre lo académico y lo literario se reduce considerablemente en este trabajo, también resulta pertinente valorar la historia atendiendo a criterios narrativos (construcción del relato, personajes, pasajes, diálogos y sintaxis) y, por lo tanto, preguntarse: ¿Ha sido evocativa la lectura? ¿Me ha atrapado? ¿Me parece verosímil? A este nivel, la opinión de la lectora o el lector es totalmente soberana.

En este caso, la escritura del relato ha supuesto un ejercicio de reflexión, retrasado en el tiempo, porque no lo realizamos en su día. Además, la forma de redactarlo no pretende justificar las decisiones tomadas entonces que, lógicamente, son discutibles. Por último, queremos manifestar que el texto de este artículo no es definitivo ni supone un punto y final, por lo que no está libre de la crítica más contundente. Solo de este modo pueden disiparse las acusaciones de autoindulgencia que, como señalaba Sparkes (1996), suelen acompañar a esta clase de documentos. Nada más lejos de nuestra intención.

REFERENCIAS

ALEXANDER, Bryant. K. Standing in the wake: A critical auto/ethnographic exercise on reflexivity in three movements. **Cultural Studies/Critical Methodologies**, v.11, n.2, 98-107, 2011.

BALL, Stephen J. Self doubt and soft data: social and technical trajectories in ethnographic fieldwork. In: ALLEN, JoBeth.; GOETZ, Judith P. **Qualitative research in education. Teaching and learning qualitative traditions**. Athens: University of Georgia, 1990. p. 200-221.

CARLESS, David; DOUGLAS, Kitrina. Narrating embodied experience: sharing stories of trauma and recovery. **Sport, Education and Society**, v.21, n.1, p.47-61, 2016.

DENZIN, Norman. Foreword: narrative's momento. In: ANDREWS, M. *et al.* **Lines of narrative**. London: Routledge, 2003. p. xi-xiii.

DEVÍS-DEVÍS, José; MARTOS-GARCÍA, Daniel; SPARKES, Andrew C. Socialización y proceso de construcción de la identidad profesional del educador físico de una prisión. **Revista de Psicología del Deporte**, v.19, n.1, p. 73-88, 2010.

ELLIS, Carolyn. Creating Criteria: An Ethnographic Short Story. **Qualitative Inquiry**, v. 6, n. 2, p. 273-277, 2000.

ELLIS, Carolyn; BOCHNER, Arthur P. Analyzing Analytic Autoethnography: an Autopsy. **Journal of Contemporary Ethnography**, v. 35, n. 4, p. 429-449, 2006.

ELLIS, Carolyn; ADAMS, Tony E.; BOCHNER, Arthur P. Autoethnography: an Overview. **Qualitative Social Research**, v. 12, n. 1, 2011. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1589>. Acceso en: 30 sept. 2016.

FETTERMAN, David. **Ethnography: Step by step**. London: Sage, 1998.

JEWKES, Ivonne. Autoethnography and Emotion as Intellectual Resources: Doing Prison Research Differently. **Qualitative Inquiry**, v.18, n.1, p. 63-75, 2012.

LIEBLING, Alison. Doing research in prison: Breaking the silence? **Theoretical Criminology**, v.3, n.2, p. 147-173, 1999.

LYONS, Keith. Telling Stories from the Field? A Discussion of an Ethnographic Approach to Researching the Teaching of Physical Education. *In*: SPARKES, Andrew C. **Research in Physical Education and Sport: Exploring Alternative Visions**. London: The Falmer, 1992. p. 248-270.

MARQUART, James W. Doing Research in Prison: The Strengths and Weaknesses of Full Participation as a Guard. **Justice Quarterly**, v.3, n.1, p. 15-32, 1986.

MARTOS-GARCÍA, Daniel; DEVÍS-DEVÍS, José; SPARKES, Andrew C. Deporte entre rejas, ¿algo más que control social. **Revista Internacional de Sociología**, v. 67, n. 2, p. 391-412, 2009a.

MARTOS-GARCÍA, Daniel; DEVÍS-DEVÍS, José; SPARKES, Andrew C. Sport and physical activity in a high security Spanish prison: an ethnographic study of multiple meanings. **Sport, Education and Society**, v. 14, n. 1, p. 77-96, 2009b.

MARTOS-GARCÍA, Daniel; DEVÍS-DEVÍS, José. Un día cualquiera en la cárcel: La Etnografía-Ficción como representación de una investigación. **AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana**, v. 10, n. 3, p. 355-376, 2015.

PÉREZ-SAMANIEGO, Víctor; DEVÍS-DEVÍS, José; SMITH, Brett; SPARKES, Andrew. La investigación narrativa en la educación física y el deporte: qué es y para qué sirve. **Movimento**, v. 17, n.1, p.11-38, 2011.

PÉREZ-SAMANIEGO, Víctor; FUENTES-MIGUEL, Jorge; DEVÍS-DEVÍS, José. El análisis narrativo en la educación física y el deporte. **Movimento**, v. 17, n. 4, p. 11-42, out/dez. 2011.

PHILLIPS, Coretta; EARLE, Rod. Reading difference differently? Identity, Epistemology and Prison Ethnography. **British Journal of Criminology**, n. 50, p. 360-378, 2010.

RICHARDSON, Laurel. Writing as a method of inquiry. *In*: DENZIN, Norman; LINCOLN, Yvonna. **The Handbook of Qualitative Research**. Thousand Oaks: Sage, 1994. p. 516-529.

SCHLOSSER, Jennifer A. Issues in Interviewing Inmates Navigating the Methodological Landmines of Prison Research. **Qualitative Inquiry**, v.14, n.8, p. 1500-1525, 2008.

SPARKES, Andrew C. The fatal flaw: a narrative of the fragile body-self. **Qualitative Inquiry**, v. 2, n.4, p. 463-494, 1996.

SPARKES, Andrew C. Autoethnography and narratives of self: reflections on criteria in action. **Sociology of Sport Journal**, n. 17, p. 21-43, 2000.

SPARKES, Andrew C; SMITH, Brett M. Narrative Analysis as an Embodied Engagement with the Lives of Others. **Varieties of narrative analysis**, p. 53-73, 2012.

TILLEY-LUBBS, Gresilda A. Critical Autoethnography and the Vulnerable Self as Researcher. **Multidisciplinary Journal of Educational Research**, v. 4, n. 3, p. 268-285, 2014.

WALDRAM, James. B. Anthropology in Prison: Negotiating Consent and Accountability with a "Captured" Population. **Human Organization**, v.57, n.2, p. 238-244, 1998.

WALDRAM, James B. Everybody Has a Story: Listening to Imprisoned Sexual Offenders. **Qualitative Health Research**, v.17, n. 7, p. 963-970, 2007.

WOLCOTT, Harry F. **The man in the principal's office: an Ethnography**. Eugene: University of Oregon, 1973.

WOODS, Peter. **La escuela por dentro:** la etnografía en la investigación educativa. Barcelona: Paidós, 1998.

Agradecimientos

Este artículo se ha elaborado, en parte, gracias a una beca para estancias postdoctorales en centros de investigación ubicados en el extranjero, concedida al primer autor por la Consellería de Educación, Cultura y Deporte de la Generalitat Valenciana (BEST/2015/317).

Además, quisiéramos agradecer los comentarios vertidos sobre un borrador previo a este artículo por Javier Monforte y Wenceslao García.